

— Hola Rosita, bienvenida, ¡qué gusto conocerte! — dijo Panchita, arreglándose el rebozo sobre los hombros.

— Mucho gusto señora. — contesta la niña alegremente mientras se bajaba del caballo para corretear entre los arbustos viendo a un lado y a otro. Tomás, apeándose también, camina detrás y ríe con la dicha de su nieta. Mientras Rosita corretea, él charla con Panchita del clima, las flores y la cantidad de mariposas que han llegado esta vez.

— Abuelo, ¿qué comen las mariposas, les gustan los tacos?



— No me hagas reír Rosita, ellas no comen tacos como tú, ni beben tequila como yo. Cuando son adultas, beben néctar de las flores, de ellas sacan la energía que necesitan para sus largas travesías, pero cuando son orugas, su principal alimento son las plantas de algodoncillo o venenillo, le dicen así porque contienen sustancias tóxicas que la oruga almacena, convirtiendo la Monarca en una especie venenosa, lo cual le sirve como mecanismo de defensa contra los depredadores.



— Cuénteme Panchita, ¿por qué la mariposa Monarca viaja desde tan lejos hasta México si no comen los tacos ni toman tequila? — preguntó Rosita riéndose.

— Rosita, México tiene cosas muy importantes para ellas que no son comida, cuando hibernan no comen solo beben agua, por eso buscan zonas donde puedan tenerla. La gran cantidad de árboles de estos bosques hace que la temperatura y la humedad se mantenga dándoles las condiciones necesarias para su supervivencia. Los oyameles, esos árboles que ves allá —dijo señalando hacia el bosque— les sirven de casa, en sus troncos se acomodan, ahí, unidas y quietecitas, pasan el frío. Mira, a veces son tantas que se doblan las ramas. También aquí buscan pareja y se reproducen.